

A XIRAU: HACER REAL UNA SOCIEDAD IDEAL

ADOLFO SÁNCHEZ VÁZQUEZ

Ramón Xirau comienza por señalar su desacuerdo fundamental con lo que él llama una concepción teológica del hombre. Frente a nuestra idea del hombre como fin en sí mismo y ser creador que, con su trabajo y el arte, da una significación humana a las cosas, deja entrever una trascendencia de la cual el hombre recibiría su propio sentido. En relación con esto, quiero subrayar que no me parece legítima la interpretación del humanismo radical de Marx como una divinización del hombre. Si a la condición propiamente humana en virtud de la cual el hombre produce un mundo a su medida y se crea a sí mismo, la despojamos de su carácter específicamente humano para llamarla divina, y si lo que Marx caracteriza justamente como humanización se ve como divinización, se estará desnaturalizando el propio pensamiento de Marx. En este caso, de borrarse toda la distancia que separa a uno de otro, se estará haciendo de Marx un Feuerbach. No se trata de sustituir un culto por otro. La divinización del hombre no sería, en rigor, sino una nueva forma de enajenación. Marx supera toda teología incluyendo la que aún sobrevive en Feuerbach.

A la luz de esta concepción no teológica del hombre que entraña la idea de un proceso infinito de humanización, la cancelación de la enajenación fundamental no es sino el comienzo —un comienzo sin fin— de la historia verdaderamente humana, historia que excluye, asimismo, la idea de un ser humano perfecto. Con la cancelación de la enajenación, se resuelven algunos problemas fundamentales —propios de las sociedades basadas en la explotación del hombre por el hombre—, se abordan otros nuevos plantados por el propio enriquecimiento de las necesidades de los seres humanos —y se replantean viejos problemas— que quizás no encuentren una solución definitiva a un nivel propiamente humano.

Es evidente que si Xirau ha planteado estas cuestiones es porque él ha visto justamente la existencia de un nexo vital entre nuestra concepción del hombre y la concepción del arte. Ese nexo es, ciertamente, el concepto de creación.

Refiriéndose a la segunda parte del libro, Xirau hace cuatro preguntas a las cuales remito al lector. 1a. Acepto, como señalo en el libro, que éstos u otros grandes artistas han creado bajo el capitalismo, pero por las razones que doy en él, este hecho no invalida la tesis marxista de la hostilidad del capitalismo al arte, siempre que se entienda —y en esto nunca insistiré bastante— como una tendencia de la producción material capitalista, y no como una ley absoluta. 2a. Del hecho de que la mayoría de los grandes artistas hayan reaccionado contra la burguesía, no se desprende una liberalidad de ella. Si se habla de liberalidad, tendríamos que verla como una liberalidad impuesta a la burguesía misma —como sucede en otros campos—, o una liberalidad reconocida mientras no se contribuye a quebrantar sus cimientos. La experiencia histórica nos dice que la misma burguesía que aplasta una huelga puede absorber ciertas explosiones artísticas. 3a. y 4a. Aceptando sin conceder que la obra de arte sea convertida en mercancía, Xirau rechaza que a esta situación de hecho se le pueda contraponer un estado ideal, inexistente aún. Ahora bien, la crítica de Marx se inserta en una negación crítica (teórica)-práctica de lo existente, es decir, en una negación que desemboca en la transformación (o creación) de una nueva realidad. Pero el hombre sólo puede transformar, prefigurando idealmente —como fin o proyecto— el resultado real de esa transformación. En este sentido, lo ideal —lejos de contraponerse absolutamente a lo real— es la condición necesaria de su transformación. Claro está que hay fines utópicos (los de Saint-Simon o Fourier), y fines (la sociedad ideal de Marx) que se realizan, pese a los desajustes inevitables, en el proceso de su realización. En suma, el hombre sólo puede transformar lo real, haciendo real aquello que no lo es, y partiendo para ello de una prefiguración ideal de lo inexistente aún. No hay, pues, una falacia en esta relación entre lo real y lo ideal, ya que ambos se condicionan y necesitan mutuamente.

Los desacuerdos de Xirau, por el tipo de cuestiones medulares que entrañan, y por la sinceridad y el rigor con que los plantea, son fecundos ya que incitan a una prolongación del diálogo.